

Cuba y Yucatán

Hernán Lara Zavala

El Caribe, el Mediterráneo de América, guarda múltiples secretos en su historia. Las relaciones políticas, imaginarias y simbólicas entre Yucatán y Cuba son tratadas aquí por Hernán Lara Zavala, cuyo más reciente libro, Península, Península, fue galardonado con el Premio Elena Poniatowska 2009. Las figuras de José Martí, Fidel Castro, El Che Guevara, Felipe Carrillo Puerto, entre otras, desfilan en este texto que destila ron y buen tabaco.

*A Gonzalo Celorio
A José Díaz*

I

De ínsula a península, de isla a tierra firme, de cabo San Antonio a cabo Catoche, de La Habana a Campeche, Sisal o Progreso no media más que un breve paso, el Canal de Yucatán, que con sus escasas ciento cincuenta millas marinas permite la entrada al Golfo de México para convertirse en puerta del nuevo mundo. En efecto, a Cuba y a la península de Yucatán las separa el mismo mar ondulante que va y que viene, el Mediterráneo de América, con el batir de las mismas olas, las mismas corrientes y mareas que suben y bajan y que, durante la temporada de junio a noviembre, obedece los mismos ritmos que puede enfurecerlo en tono huracanado para golpear una u otra orilla sin ningún miramiento como las atacaron también sin la menor conmiseración conquistadores, piratas, corsarios, bucaneros, filibusteros, indieros, negreros y yanquis. Dos tierras hermanas, dos tierras muy jóvenes sobre el planeta, dos tierras alegres,

musicales y sufridas, dos tierras de guerras, revoluciones y canciones, dos tierras en conflicto que se han ayudado desde siempre, de la península hacia la ínsula con gallinas, zapatos, sal, pescado, cordajes, maíz, hojas para la picadura del tabaco, cochinilla para teñir, cacao e indios así como de la ínsula a la península con vinos, azúcar y ron, aceites, tabaco, telas europeas y negros africanos. La villa de San Cristóbal de La Habana o San Francisco de Campeche o la Muy Noble y Muy Leal ciudad de Mérida han sido ciudades hermanas y vecinas, seguras y cordiales cuando el mundo era menos ancho y más ajeno y, cuando la propia patria se tornaba adversa, sus ciudadanos las contemplaban como refugios cercanos y fraternales. Hace ya muchos siglos Cuba y Yucatán se separaron una de la otra como dos células, como si una se hubiera convertido en una balsa de piedra para navegar por el Caribe mientras la otra, fija a tierra, la viera partir o como si se hubiera perdido una pieza del rompecabezas que quedó flotando en el Caribe.



Felipe Carrillo Puerto y Sam Dreben en las fuerzas zapatistas, 1911

II

Ese sábado en la noche del año de 1955 que la guagua se detuvo en el pueblo de Valladolid con rumbo a Mérida y se subió un hombrón de más de uno ochenta de estatura, el grupo de jóvenes maestras de educación preescolar que venía de Tizimín sintió un raro nerviosismo que se manifestó con risillas, tosecitas y miradas furtivas. Desde su lugar cada una de las profesoras lo fue siguiendo con la vista mientras él buscaba asiento con el anhelo de que el hombre aquel se sentara a su lado. Pero el desconocido de cabello rizado, cabeza gacha para no tocar el techo, peinado hacia atrás y con un bigotillo a la Arturo de Córdova pasó mirando perspicaz a uno y otro lado del autobús hasta que por fin decidió tomar asiento junto a Lía, una joven de cabello castaño y nariz recta y prominente, hija de una conocida familia de Mérida que, como muchas de sus compañeras, viajaba diario a Tizimín a impartir clases en algún kínder pues en la capital ya no había vacantes. Lía era la segunda hija de la familia Cámara Blum; su hermana Socorro, la mayor, no se había interesado por los estudios y desde hacía años se ocupaba en ayudarle a su madre en las labores del hogar; Lía, que desde niña se reveló como alumna destacada, había concluido ya la carrera de educadora y hacía sus pininos en el kínder Otilia López en Tizimín. Ligia, la hermana menor todavía estudiaba secundaria pero ya manifestaba una enorme facilidad para tocar el piano que aprendió de oído

de tan sólo observar a su hermana Lía tomar clases con una profesora particular.

Cuando el desconocido se sentó junto a Lía sus compañeras se volvieron a mirarla con picardía y complicidad aunque ella no hizo el menor caso y permaneció seria mirando su reflejo por la ventana con la nariz al aire. Al poco rato él inició la conversación que duraría todo el trayecto hasta Mérida. Ese hombre, que en principio dijo llamarse Alejandro González, no era otro que el mismísimo Fidel Castro que había viajado clandestinamente de La Habana a Yucatán para indagar por dónde podría embarcarse rumbo a Cuba con el anhelo de derrocar a Fulgencio Batista luego del fallido golpe al cuartel Moncada el 26 de julio del año de 1953. La estancia de Fidel en la península fue secreta, relativamente breve y azarosa y el escritor Joaquín Tamayo ha escrito una magnífica crónica en su libro *La fiesta de la anécdota* en la que relata los pormenores de ese viaje y el romance que sostuvo Fidel con Lía que, aunque no pasó a mayores, dejó una profunda huella en la vida sentimental de ambos personajes. Resulta claro que durante ese viaje Fidel no podía distraerse con una aventura amorosa así que dedicó la mayor parte del tiempo a indagar sobre la profundidad de los mares en diversos puertos de la península, a buscar una embarcación que sirviera a sus propósitos y a establecer relaciones con otros cubanos radicados en Yucatán así como con yucatecos simpatizantes con su causa. De acuerdo con Joaquín Tamayo durante esa misma ocasión coincidió en algún momento con el Che Guevara que vino a Yucatán a pasar una segunda luna de miel con Hilda Gadea, su primera esposa. Juntos, Fidel, el Che e Hilda recorrieron las principales ruinas de la zona maya para luego tomar caminos separados con la consigna de encontrarse en algún lugar estratégico de México y proseguir su lucha.

De Mérida Fidel Castro viajó a la ciudad de Campeche rumbo a Veracruz. De ahí partió a Nueva York donde organizó una exitosa campaña con los cubanos refugiados en Estados Unidos y en la que logró reunir 160 mil dólares. De Nueva York regresó a Campeche para visitar los principales astilleros de la zona en busca de una embarcación que pudiera servir a sus propósitos. No la encontró allí ni en Yucatán sino en Tuxpan, Veracruz, donde, según Tamayo, tuvo noticias de un barco varado en el río con bandera mexicana que le compró a un norteamericano de nombre Robert B. Erikson con parte del dinero que había reunido en Nueva York. Fue así, según la interesantísima crónica de Tamayo, como Fidel y su guerrilla zarparían en el legendario Granma rumbo a Cuba entre el 24 y 25 de noviembre de 1956 para iniciar su revolución contra Batista. Yucatán fue pues la primera tierra mexicana en la que Fidel puso pie cuando se exilió de Cuba después de haber estado en prisión.

III

Si Fidel y el Che se interesaron por conocer Chichén Itzá y Uxmal en el año de 1955 no debieron haber sido ajenos a la visita que Martí hiciera a esas ruinas en uno de sus viajes a Yucatán. En efecto, tras su exilio en Europa, el 26 de enero de 1875 José Martí tomó en Nueva York un vapor que portaba el significativo y sugerente nombre de “City of Mérida” que lo llevaría hasta Veracruz de donde supuestamente partiría rumbo a La Habana a la que debía arribar el 31 de enero con la intención de pasar allí unos cuantos días. Pero todo parece indicar que las autoridades españolas no le permitieron la entrada y Martí tuvo que conformarse con mirar nostálgicamente su tierra desde altamar antes de transportarse al Puerto de Progreso para instalarse por unos días en Mérida. Durante su primera estancia en Yucatán, Martí, como lo consigna Carlos Bojórquez Urzaiz en su importante libro *Cubanos patriotas en Yucatán*, conoció a varios ilustres personajes de la península entre los que se cuentan Alfredo Torroella y los hermanos Juan y José Peón Contreras que habían fundado en 1869 la “Junta Patriótica Cubana de Mérida”, que congregaba a la mayoría de los cubanos exiliados en la capital del estado y a los simpatizantes yucatecos con la guerra de independencia cubana.

Por esos años sucedió que el arqueólogo norteamericano Augustus Le Plongeon descubrió la primera pieza escultórica a la que bautizaría con el nombre de Chac-Mool. La ocultó en el monte con la intención de sustraerla del país y llevársela a los Estados Unidos pero Juan Peón Contreras, que a la sazón se desempeñaba como Director del Museo Yucateco, se enteró del caso y ordenó la expropiación de la pieza la cual le fue nacionalizada para que en el año de 1877 se trasladara de Chichén Itzá a Mérida con el fin de exhibirla en la calle de la Mejorada, frente al templo de la Tercera Orden, para gusto y alborozo del pueblo yucateco. Dio la feliz casualidad de que José Martí, luego de haber pasado dos meses en La Habana utilizando el seudónimo de Julián Pérez a partir de su segundo nombre y apellido —como lo haría Fidel con su alias de “Alejandro”— emprendió otro viaje a Yucatán camino a Guatemala para de ahí dirigirse a la Ciudad de México a casarse con Carmen. En una carta a Manuel Mercado escribe al referirse a Yucatán: “Ésta es tierra esmaltada de cardos pero sembrada de buenos corazones”.

Tal parece que gracias a la polémica suscitada por el descubrimiento del Chac-Mool Martí logró captar, en un prodigioso momento de revelación durante su breve estancia en Yucatán, la importancia y el significado de la cultura maya así como su relación con sus anhelos de una América unida, única y soberana. No es difícil imaginar lo que habrá pasado por la mente del poeta y pa-

triotista al escuchar las explicaciones y los comentarios de Juan Peón Contreras describiendo esa impresionante figura de piedra de expresión hierática, serena y misteriosa a la vez en posición semirrecostada, con el torso levantado y las piernas recogidas, mirando de lado a lontananza y sosteniendo entre sus manos, sobre el vientre, un raro objeto donde parecen concentrarse un círculo y un cuadrado para significar así la presencia del sol. La escultura aparenta recibir la bendición del astro rey en el plexo solar donde se concentra toda la fuerza de una cosmogonía y una visión del mundo asaz compleja, elaborada y precisa. Tan definitivo fue el impacto que ejerció esa pieza en la sensibilidad de Martí, que en uno de sus más imaginativos autorretratos dibujó la figura del “hombre solar” o Chac-Mool y sobrepuso su propio rostro al ídolo, acaso significando que se concebía a sí mismo como una suerte de “síntesis de la civilización americana”. Fue también gracias a los festejos en torno al Chac-Mool que Martí tuvo oportunidad de conocer también al profesor Rodolfo Menéndez de la Peña cubano radicado en Izamal que se convirtió en su fuerte aliado en la futura guerra de independencia.

Martí visitó las ruinas de Yucatán y escribió sobre ellas diversos artículos e incluso se manifestó en favor del pueblo yucateco cuando el gobierno de la República Mexicana, en un acto claramente centralista, decidió que el Chac-Mool fuera transportado al Museo Nacional de la Ciudad de México en lugar de dejarlo en el museo regional de Mérida como parte del patrimonio cultural de la zona.

Bojórquez Urzaiz ha estudiado a fondo el importante papel de Yucatán en la consolidación de la guerra de independencia cubana y la contribución y apoyo moral y material con los que muchos clubes revolucionarios de Yucatán contribuyeron en favor de la lucha, primero contra España, después contra los Estados Unidos y luego contra la tiranía de Batista. Permítaseme aquí citar una de las tantas frases de Martí en favor de Yucatán, pronunciada en Guanabacoa en ocasión de los



Carrillo Puerto después de ser fusilado, 1924



Convento de Santo Domingo. Universidad, La Habana

actos fúnebres de Alfredo Torroella y consignada en el libro de Herrera Franyutti *Martí en México*: “Mérida es tierra de ojos negros y jazmines blancos; echa al mar playas de palmas como para recibir mejor a sus hermanos...”.

IV

La relación entre nuestros pueblos ha sido siempre de una a otra orilla y las mentes progresistas de Cuba y de México han encontrado eco y continuidad allende el mar. Éste es el caso del interesantísimo episodio ocurrido en la península de Yucatán después de la Revolución Mexicana que se conoce como el ensayo socialista durante el régimen de Felipe Carrillo Puerto quien tomó posesión como gobernador del estado de Yucatán el primero de febrero de 1922 y que de alguna manera representa otro hito dentro de la historia de nuestras revoluciones. El gobierno de Carrillo Puerto duró tan sólo veintidós meses pues fue asesinado cuando tenía cuarenta y nueve años. Era Carrillo Puerto un hombre distinguido, alto, de buena presencia, mirada inteligente y excelente orador, tanto en español como en maya lo cual le permitió comunicarse con todos los estratos de la sociedad peninsular, sobre todo con las mayorías humildes de Yucatán como ningún otro político lo había hecho antes. Zapatista de formación, Felipe Carrillo Puerto inicia su carrera política en Yucatán una vez que el general Salvador Alvarado entra a la península y logra someter al estado y a su oligarquía a los nuevos cauces de la Re-

volución Mexicana después de haber librado las batallas de Halachó y Blancaflor en el año de 1915. A partir de ese momento empieza a suceder en Yucatán una serie de hechos históricos sin precedente como el Primer Congreso Feminista de la República Mexicana celebrado en la ciudad de Mérida, los dos Congresos Obreros de Yucatán que tuvieron lugar en las ciudades de Motul e Izamal y la fundación del Partido Socialista Obrero creado por un grupo de trabajadores y profesionistas, apoyado por el propio general Alvarado y cuya junta directiva la integraron personas de oficios tan dignos y diversos que iban desde peluquero, ferrocarrilero y farmacéutico hasta profesor normalista, maestro y periodista, todos bajo la presidencia de Felipe Carrillo Puerto. Fue dentro de este partido que Carrillo Puerto empezó a destacar y a partir de allí inició su ascendente y vertiginosa carrera política. Con la elección de Carlos Castro Morales como gobernador del estado de Yucatán, Carrillo Puerto cambió el nombre del Partido Socialista Obrero al de Partido Socialista Yucateco, con lo cual extendió su fuerza política al integrar a la población campesina que era la más abandonada y la más numerosa en la península además de atraer la atención y el interés de la clase media progresista y simpatizante de las causas sociales. El partido fue creciendo y luego del Congreso de Izamal de 1921 se constituyó en Partido Socialista del Sureste que llegó a aglutinar a cerca de setenta mil afiliados. En el año de 1920 Felipe Carrillo Puerto salió electo diputado y en 1921 se postuló como candidato a Gobernador del Estado para el cuatrienio 1922-1926. Entre sus contendientes se encontraba el propio Salvador Alvarado, pero la fuerza política que Carrillo Puerto había adquirido dentro del Partido Socialista del Sureste logró minarlo internamente de modo tal que Alvarado decidió retirarse de la campaña y volver al Distrito Federal. Así, el 6 de noviembre de 1921 Felipe Carrillo Puerto gana las elecciones para Gobernador de Yucatán por el Partido Socialista del Sureste. Triunfa por abrumadora mayoría sobre sus contendientes obteniendo además la mayor parte de las diputaciones y ayuntamientos del estado con lo cual se convierte en un auténtico caudillo pues había sido luchador social, líder campesino y jefe indiscutible de un partido que apelaba a la clase desprotegida. Carrillo Puerto se encontraba entonces en su máxima plenitud para construir el primer gobierno socialista de Yucatán y de Latinoamérica y así lo anunció desde su toma de posesión en un encendido discurso pronunciado en lengua maya del cual me permito citar sólo una frase consignada por Jaime Orosa Díaz en su biografía de Carrillo Puerto:

La tierra es de ustedes. Ustedes han nacido aquí, aquí han crecido, han gastado su vida encorvados en el campo

cortando pencas para el amo que se ha apoderado de las tierras. Pero ustedes las van a recuperar de acuerdo con las nuevas leyes que reconocen ese legítimo derecho. Y siendo de ustedes la tierra, lo natural es que las cosechas también les correspondan.

Ya podrán imaginarse cómo recibió el grupo de hacendados de Yucatán las palabras de Carrillo Puerto. Así, un puñado de terratenientes que la historia tiene plenamente identificados al ver afectados sus intereses henequeneros organiza una conjura para asesinarlo. Se dice que ofrecieron 250 mil dólares por su cabeza. No faltó el militar corrupto y venal que, aprovechándose del levantamiento de Adolfo de la Huerta en contra de Obregón, se valiera de la situación para proclamarse partidario de la revuelta delahuertista y avanzar contra el estado de Yucatán. El general Juan Ricárdez Broca se autoproclama Gobernador de Yucatán y sale en busca de Carrillo Puerto que, ante tales circunstancias, no le queda más remedio que refugiarse en el interior del estado aprovechando su apoyo y popularidad que gozaba entre el campesinado que se había organizado en las “ligas de resistencia”. Desgraciadamente como los socialistas no contaban con armamento, pues Carrillo Puerto siempre se había manifestado en favor de la paz social para evitar cualquier derramamiento de sangre y el sacrificio inútil de una temeraria defensa, decide huir en compañía de varios de sus hermanos y de sus colaboradores más cercanos. Se dirige entonces a la costa, a Chiquilá, con objeto de huir. ¿A dónde? Pues ni más ni menos que a La Habana donde intentarían conseguir fondos

y de donde intentarían pasar a los Estados Unidos para pertrecharse e ingresar otra vez a México por el norte para volver al estado de Yucatán con el armamento necesario para defender y recuperar lo que había logrado mediante unas votaciones libres y democráticas.

Cuenta la historia que el 14 de diciembre de 1923 Felipe Carrillo Puerto huyendo de la gente de Ricárdez Broca llegó con sus hermanos y lugartenientes a Chiquilá, cerca del ingenio San Eusebio, en las inmediaciones del puerto de Holbox. Ahí tenían dispuesta una canoa de motor “La Manuelita” propiedad de la Cuyo Company que supuestamente los transportaría hasta La Habana pero que estaba situada como a dos kilómetros de la playa, pues por lo poco profundo del mar de la península no podría fondear en una costa llena de bajos y pantanos. Carrillo Puerto y sus colaboradores construyeron unas balsas para llegar a la embarcación, lo cual lograron a pesar de que la marea y los ventarrones los regresaban una y otra vez. Zarparon por fin rumbo a Holbox pero nunca lograron alcanzar su destino pues en el trayecto el motor de “La Manuelita” se descompuso y encallaron en un banco de arena dejándolos varados en medio del mar y a merced de sus perseguidores. Al igual que mi amigo Fernando Espejo, aunque he leído infinidad de veces este dramático episodio en sus diversas versiones cada vez que lo releo siento otra vez el deseo insaciable de que Carrillo Puerto logre ahora sí escapar, que se salve. Pero desgraciadamente la historia no ocurrió así pues varados como estaban vieron aparecer a las fuerzas federales. A Carrillo Puerto y a sus aliados no les quedó más remedio que llamarlos para



Vista de la Catedral, La Habana

pedirles auxilio. Sin embargo, la embarcación federal tampoco se pudo acercar so riesgo de encallar también, así que Carrillo Puerto y sus hombres no tuvieron más alternativa que salir del bote nadando hasta entregarse a las fuerzas federales. Lo que ocurrió después forma parte de una trágica historia que culmina cuando la madrugada del 3 de enero de 1924 sacan a los prisioneros de la penitenciaría estatal y los transportan al cementerio municipal de Mérida donde fusilan a Carrillo Puerto, a tres de sus hermanos y a siete personas más entre los que se encontraba Manuel Berzunza que fungía como Secretario General de Gobierno. Cuenta el profesor Edmundo Bolio que antes de ser fusilado el Consejo de Guerra que lo interrogaba le preguntó qué cargo tenía dentro del gobierno de Yucatán a lo que Felipe contestó:

No tenía tengo, pues soy hasta este momento Gobernador del Estado y Presidente del Partido Socialista, por lo que con mi carácter de tal protesto enérgicamente por lo ilegal de este Consejo de Guerra.



Casa señorial, Mérida

Curiosamente la fotografía que le tomaron a Carrillo Puerto luego de su fusilamiento muestra un asombroso parecido con la que le tomaron al Che Guevara después de su muerte.

v

La Habana había sido tradicionalmente, o cuando menos hasta la primera mitad del siglo xx, el lugar más próximo a la mente y al corazón de los habitantes de la península de Yucatán. Previo a la Guerra de Castas cuando Santiago Méndez y Miguel Barbachano luchaban por la hegemonía de la península, antes de la división en tres estados, en una lucha de intereses en favor de las ciudades de Mérida o de Campeche que desembocó directamente en el enfrentamiento de los indios contra los ladinos, La Habana era el lugar obligado para buscar refugio. Tal fue el caso en el año de 1847 cuando Méndez recuperó la gubernatura del estado y Barbachano se vio en la necesidad de exiliarse a Cuba en espera de poder cobrar venganza. Y cuando dos años después los indios lograron apoderarse de tres cuartas partes de la península y se encontraban a punto de aniquilar a la raza blanca, los ciudadanos más pudientes de Yucatán vieron en la isla de Cuba su tabla de salvación y abandonaron la península antes de ser presas de la furia indígena. Pero igualmente sucedió cuando la Revolución Mexicana llegó hasta la península y el general Salvador Alvarado empezó a impugnar a los principales hacendados que, ni tardos ni perezosos, se embarcaron rumbo a Cuba con todo aquello que podían salvaguardar.

Pero lo que realmente ocurrió es que al margen de las ideologías y de la diferencia de clases, entre Cuba y Yucatán o entre Cuba y México ha existido desde siempre una afinidad intelectual, política, cultural, climática, de carácter, de modo de vida, de manera de vestir, de gusto y pasión por la arquitectura, la música, el baile, la comida, el trago, la diversión y el deporte.

Contemplada desde el Morro La Habana despliega toda la magnitud de su belleza y majestuosidad que la convierte en una de las ciudades más bellas y armónicas del orbe. Mérida es una ciudad más modesta pero muchas veces al recorrer el Vedado o Miramar encontramos ecos de la Pérez Ponce o del Paseo Montejo y con frecuencia tiene uno la impresión de hallarse en la misma ciudad, con el mismo tipo de casa solariega con el jardín al frente, el porche de la entrada, los pisos de mosaico fresco, las mecedoras de bejuco, los jardines interiores, los frutales y el césped en la parte de atrás, pero sobre todo es la misma tarde con un poco de bochorno y humedad, con la misma luz y el mismo sol que invita a la siesta o la plácida conversación tomando el fresco. De hecho si mal no recuerdo la idea de los paseos

en Mérida surgió a finales del siglo XVIII con Lucas de Gálvez en una emulación del Paseo de Paula de La Habana donde se congregaban los carruajes más elegantes de aquellos tiempos a bordo de los cuales iban las muchachas más bellas de la sociedad. Y aunque la concepción del Paseo Montejo corresponde más al gusto afrancesado del porfirismo, no por ello va en desdoro de la magnificencia, amplitud y belleza de la Quinta Avenida en La Habana.

Algo semejante podríamos decir de la música que compartimos por “el efecto Caribe” mediante el cual nos identificamos con el bolero, el bambuco, la trova, el danzón, la rumba, el mambo o el chachachá sin importarnos demasiado de dónde provienen o cuál es su verdadero origen.

Y qué decir del gusto por el ron como bebida favorita de ínsula y península, producto derivado de la caña de azúcar que se inicia en la isla y que de pronto se empieza a destilar también en la península bajo diversas marcas pero cuya denominación principal era la de “habanero”, pues se trataba de un ron que emulaba el sabor cubano que se dejaba reposar en barricas de roble blanco español, de buena calidad y con las paredes curtidadas con el jerez que se importaba de la península ibérica. Yo recuerdo de mi infancia que el ron se dividía en la península en blanco y manchado, para distinguir cuál era el añejo y entre las marcas famosas de la península figuraban, como epígonos de Bacardí, las familias roneiras como la de Gumersindo Pavón, el Ron Berrón, el Ron Palma, el Arceo Colonial y cómo olvidar la famosa marca del Ron Holcatzín que se destilaba en una hacienda de la familia del mismo nombre ubicada cerca del pueblo de Hopelchén y que en sus buenas épocas se convirtió en el sinónimo del ron peninsular.

¿Y el deporte? El poeta cubano Norberto Codina, ateo de corazón, inicia uno de sus mejores poemas dándole las gracias al creador por haber inventado el juego de pelota, deporte nacido en los Estados Unidos pero adoptado de corazón y cojones por Cuba, por la península de Yucatán, el Golfo de México y por buena parte del Caribe al grado de que en la región se ha convertido en el deporte nacional y por consiguiente muchos de los peloteros de las grandes ligas provienen de esas regiones. Tal vez a ello se deba la leyenda de que un alto mando de la revolución cubana iba un día en su jeep con un contingente militar en el interior de la isla cuando de pronto vio a unos guajiritos jugando al fútbol. Extrañado, el militar pidió que detuvieran el convoy y para sorpresa de sus subalternos se despojó de las armas, del cinturón, de la cartuchera y, como un niño más, se unió a jugar con los muchachitos en pleno monte. Después los guajiritos aquellos se enteraron de que quien se había detenido a jugar con ellos era ni más ni menos que el comandante Che Guevara que, nostálgico del



Paseo Montejo, Mérida

fútbol de su infancia y juventud en un país donde sólo se practica el béisbol, decidió darse el lujo de echarse una “cascarita”.

La única, la gran diferencia que existe entre ínsula y península, entre Cuba y México y lo que le confiere una innegable identidad a nuestros países es nuestra raza india y la raza negra cubana, ese mestizaje que le imprime carácter y espiritualidad a nuestras naciones y nos hace diferentes de nuestros conquistadores españoles así como del resto del mundo. En un librito de reciente aparición, Ambrosio Fornet conjuntó dos novelitas cubanas del siglo XIX, *Una pascua en San Marcos* de Ramón de Palma y Romay y *El ranchador* de Pedro José Morillas, en un solo volumen ofreciendo así una visión de los dos polos entre los que oscilaba el pueblo cubano antes de la revolución, el de los señoritos burgueses de origen español y el de los cimarrones negros de origen africano, “blanco arriba, negro abajo” que, según nos recuerda Fornet, Nicolás Guillén denominara como “color cubano”, término que también podría aplicarse, con sus respectivas singularidades, al “color mexicano”. En Yucatán la fuerza de trabajo recaía en la raza maya, encargada de sembrar y cortar el henequén que produjo las grandes fortunas de los criollos yucatecos así como en Cuba los negros eran los encargados de sembrar y cortar la caña de azúcar que enriqueció a las familias cubanas de origen español. Fue sólo una vez que esa dicotomía se vio superada; que nuestro mestizaje, que nuestras luchas, nuestras culturas y nuestras religiones, llámense sincretismo prehispánico católico o santería, nos llevaron a tener una cosmogonía propia y a aspirar a aquello que Alejo Carpentier definió como “el reino de este mundo”. **U**